

A. R. Almodóvar

# Cuentos al amor de la lumbre, 2



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1999  
Tercera edición: 2015  
Tercera reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Antonio Rodríguez Almodóvar, 1983  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1999, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-9779-6 (Tomo II)  
ISBN: 978-84-206-9783-3 (O.C.)  
Depósito legal: M. 425-2015  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## Cuentos de costumbres

- 15 M. Niños en peligro
- 15 61. Garbancito
- 19 62. El zurrón que cantaba
- 22 63. La casita de turrón
- 25 N. Pícaros
- 25 64. Pedro el de Malas
- 33 65. Tío Grillo, el adivino
- 36 66. Juan y Medio
- 39 67. Juan sin Miedo
- 43 68. Juan Matasiete
- 48 69. Juan Soldado, Cristo y San Pedro
- 53 70. Arrimarse a un lado
- 55 71. Las tres preguntas
- 57 72. El sermón de San Roque
- 59 73. Los milagros que tú hagas
- 60 74. Los cuatro estudiantes
- 64 Ñ. Pobres y ricos
- 64 75. Los dos hermanos y los doce ladrones
- 67 76. Los dos compadres
- 75 77. El zapatero pobre
- 78 78. El zapatero y el sastre
- 81 79. Las cinco demandas

- 86 O. Mujeres difíciles
- 86 80. La mujer mandona
- 89 81. El secreto
- 92 82. La esposa holgazana
- 93 83. La mujer que no comía con su marido
- 96 84. Yo dos y tú uno
- 98 85. No lo arriméis al castaño
- 100 P. Tontos
- 100 86. Las señoritas del manto negro
- 103 87. De media, un celemín
- 109 88. Cuando llovía buñuelos
- 112 89. Juan el de la vaca
- 116 Q. Cuentos de miedo
- 116 90. Una vara de nariz y una cuarta de cuerpo
- 122 91. El borracho y la calavera
- 124 92. El alma del cura
- 127 93. La cabeza de ternera
- 130 94. ¡Ay, madre, quién será!
- 133 R. Rarezas de príncipes
- 133 95. La mata de albahaca
- 141 96. Piel de piojo y aro de hinojo
- 147 97. Bien puede ser
- 151 98. El Príncipe Cuervo
- 159 99. Los caballitos de caña
- 161 100. Rosa Verde
- 165 101. La hija del limosnero

## Cuentos de animales

- 173 S. Correrías del lobo y la zorra  
173 102. El lobo es desollado vivo  
176 103. El lobo, la zorra y las sardinas  
178 104. El lobo y la zorra van a comer gallinas  
180 105. El lobo, la zorra y la olla de miel  
183 106. El lobo cree que la luna es queso  
185 107. ¡Que el cielo se viene encima!  
191 108. El lobo, la zorra y la vaca  
192 109. El león está enfermo
- 194 T. Andanzas y desventuras de la zorra  
194 110. La urraca, la zorra y el alcaraván  
198 111. La zorra y la cigüeña  
199 112. La zorra y la codorniz siembran a medias  
204 113. El gato y la zorra  
205 114. La zorra y el sapo siembran a medias  
208 115. El sapo y la zorra, a quién corre más  
209 116. La pobre zorrita  
211 117. El león, la leona y la zorra  
212 118. El león, el grillo y el zorro
- 215 U. Andanzas y desventuras del lobo  
215 119. Buen día de vianda para el lobo  
219 120. El burro, el león y el lobo  
224 121. Las tres cabritas y el lobo
- 226 V. Los animales y el hombre  
226 122. Los animales inútiles  
231 123. El tío Aranilla  
236 124. El pastor, la serpiente y la zorra

239	125. El bicho-hombre
241	126. El tragaldabas
246	127. El lobo y la vieja
248	128. El labrador y el oso
252	X. Acumulativos y disparatados
252	129. La hormiguita
258	130. Benibaire
261	131. El medio pollito
264	132. La mona caprichosa
269	133. Las bodas del tío Perico
273	134. Vino un gato y mató al «rato»
274	135. El gallo y el carámbano
276	Apéndice
338	Bibliografía básica

# Cuentos de costumbres

*A mi hijo Antonio*



Si vais para poetas, cuidad vuestro folklore. Porque la verdadera poesía la hace el pueblo. Entendámonos: la hace alguien que no sabemos quién es o que, en último término, podemos ignorar quién sea, sin el menor detrimento de la poesía. No sé si comprendéis bien lo que os digo. Probablemente, no.

Antonio Machado (*Juan de Mairena*)



## M. Niños en peligro

### 61. Garbancito

Esto era un matrimonio que no tenía familia, y siempre estaba pidiéndole a Dios que les concediera un hijo, aunque fuera como un garbanzo. Tanto se lo pidieron, que al fin tuvieron un hijo, pero tan pequeño como un garbanzo. Por eso le pusieron Garbancito.

Una hora después de nacer le dijo a su madre:

–Madre, quiero pan.

Y su madre le dio un pan. Garbancito se lo comió en un santiamén. Volvió a pedir pan, y su madre se lo volvió a dar, y luego otro y otro. Así estuvo Garbancito comiendo hasta que dio cuenta de noventa panes, uno detrás de otro.

Al poco tiempo, le dijo a su madre:

–Madre, apáñeme usted la burra y el canasto de mi padre, que se lo voy a llevar al campo.

—¿Pero cómo vas a hacer tú eso con lo pequeño que eres...?

—Usted apáñemelo, que ya verá cómo se lo llevo.

Pues bueno, la madre le preparó la burra y el canasto, que lo metió en un serón. Garbancito pegó un salto, se subió en el serón y, corriendo por el pescuezo de la burra, llegó hasta una oreja y se metió dentro.

—¡Aarre, burra! ¡Aarre, burra!

Así le iba diciendo al animal, que le obedecía. En mitad del camino toparon con unos gitanos, que, al ver una burra sola por el camino, dijeron:

—¡Hoy, una burra sola! Vamos a cogerla.

Pero Garbancito dijo:

—Dejad a la burra, que no va sola. Dejad a la burra, que no va sola.

Al oírlo, los gitanos salieron corriendo despavoridos, creyendo que aquella burra estaba encantada.

Cuando llegó a donde estaba su padre, Garbancito dijo:

—¡Soo, burra!

La burra se paró y el padre no salía de su asombro.

—Apéeme usted, padre, que vengo en la oreja y le traigo el canasto.

Así lo hizo el padre muy asombrado y, cuando ya estaba Garbancito en el suelo, va y le dice:

—Padre, mientras usted come, podría yo ir haciéndole unos surcos.

—No, hijo, que eres muy pequeño para trabajar.

—Que no, padre, ya verá usted cómo lo hago —y de un salto se subió al yugo y empezó a dirigir los bueyes—: ¡Andaa, *Pinto!* ¡Ya, ya, *Macareno!*

Los bueyes empezaron a moverse y en poco rato habían terminado de arar. Luego Garbancito llevó los bueyes a la cuadra y se acostó a descansar en el pesebre del *Pinto*. Pero éste se comió a Garbancito, sin darse cuenta, y cuando llegó el padre empezó a buscarlo y no lo encontraba. Se puso a llamarlo:

—¡Garbancito!, ¿dónde estás?

Y Garbancito le contestó:

—¡En la barriga del *Pinto*, padre! ¡Mátelo usted y le daré veinticinco!

En seguida mataron al buey *Pinto*, le rajaron la barriga y se pusieron a buscar en las tripas, pero no hubo manera de dar con Garbancito. Aquella noche llegó el lobo y se comió las tripas del buey, y con ellas a Garbancito.

Iba el lobo por el monte, y Garbancito decía:

—¡Pastores, pastores, que aquí va el lobo! ¡Pastores, pastores, que aquí va el lobo!

Salieron todos los pastores de sus cabañas y juntos apalearon al lobo y lo mataron. También le rajaron la barriga para sacar a Garbancito, que decía:

—¡Tened *cuidao*, no cortarme a mí; tened *cuidao*, no cortarme a mí!

Los pastores buscaron por todas las tripas, pero nada, no dieron con él.

Uno de los pastores hizo un tambor con las tripas del lobo, de manera que Garbancito se quedó dentro del tambor.

En esto vinieron unos ladrones, y los pastores salieron corriendo, dejando allí el tambor.

Los ladrones se sentaron al pie de un árbol y empezaron a repartirse el botín; habían robado muchas piezas de oro. Decía el capitán:

—Esta jarra para ti, ésta para ti, y esta otra para mí.

Y Garbancito, desde dentro del tambor, dijo:

—¿Y para mí?

—¡Cómo! ¿Quién ha dicho eso? ¿Hay alguno que no esté conforme?

Los demás se miraban unos a otros. Seguía diciendo el capitán:

—Esta copa para ti, ésta para ti y esta para mí.

Y Garbancito:

—¿Y para mí no hay nada?

—¿Cómo? —exclamó enfurecido el jefe de los ladrones—. ¿Quién ha dicho eso?

Los demás nada decían, y a esto que Garbancito se pone a tocar el tambor, y los ladrones, de ver un tambor que tocaba solo, echaron a correr que no se les veía el pelo, dejando allí todas las cosas que habían robado.

Garbancito se puso a arañar el tambor con una uña, hasta que hizo un agujerito y pudo salir. Cogió el botín de los ladrones y se presentó en su casa. Sus padres se pusieron muy contentos de verle, y además con tantas cosas de valor. Garbancito dijo a su padre:

—Ya le dije a usted que matara a *Pinto*, que yo le daría veinticinco.

Bueno, pues ya eran tan felices, hasta que un día se presentaron en el pueblo los ladrones. Uno de ellos llevaba mucha sed y se acercó a casa de Garbancito a pedir agua. La madre salió a la puerta y le dio de beber al ladrón en lo primero que cogió a mano, y que era una de las copas robadas. El ladrón nada más verla, la agarró y dijo:

—Señora, esta copa es mía. ¿Quién se la ha dado?

La madre se asustó y cerró la puerta. Entonces el ladrón fue a contárselo a sus compinches:

–Ya sé dónde está nuestro tesoro. Esta noche lo robaremos otra vez.

Pero Garbancito estaba sin pegar ojo, después de lo que había contado su madre.

–Dejad puesta la lumbre, por si acaso.

Garbancito se quedó al lado de la chimenea, preparó un montón de aulagas y puso en las llaves un caldero de pez. A medianoche sintió cómo los ladrones hablaban en voz baja por el tejado, y el capitán se asomaba a la chimenea, diciendo:

–Por aquí va a ser. Atadme la cuerda a la cintura, que voy a bajar.

En ese momento Garbancito atizó la lumbre, echó de golpe todas las aulagas, soplando muy fuerte, y empezó a hervir la pez. El capitán de los ladrones se puso a gritar:

–¡Arriba, que me queman! ¡Arriba, que me queman!

Pero no les dio tiempo a sacarlo, sino que cayó directamente en el caldero de pez y allí se quedó pegado y achicharrado y los demás ladrones salieron corriendo y nunca más se les vio por allí. Y colorín *colorao*, el que no levante el culo también lo tiene *achicharrao*.

## 62. El zurrón que cantaba

Esto era una niña muy guapa, que por el día de su santo su madre le regaló un anillito de oro. La verdad es que le quedaba un poco grande, pero estaba la niña tan contenta, que a todas partes iba con él. Un día su madre la man-

dó a la fuente a por un cantarillo de agua. Cuando llegó, la niña se quitó el anillo, no se le fuera a caer al agua, y lo puso encima de una piedra. Pero terminó de enjuagar y de llenar el cántaro, lo cogió y se fue, y no se acordó del anillo hasta que llegó a su casa.

Salió corriendo entonces en busca de él, pero, al llegar a la fuente, el anillo ya no estaba sobre la piedra ni en ninguna parte. Por más que miró y remiró no estaba. En cambio, había allí un viejo mendigo, sentado al lado de la fuente. El viejo le dijo:

–¿Qué es lo que buscas, niña guapa?

La niña empezó a llorar y contestó:

–Busco un anillito de oro, que hace un momento lo dejé aquí, encima de esta piedra, y ya no está. Y si no lo encuentro, mi madre me va a pegar mucho.

–Por eso no te preocupes, hija –dijo el viejo–. Anda, mete la mano en el zurrón y cógelo tú misma, que ahí lo he metido yo hace un momento.

La niña metió la mano en el zurrón, y en ese momento el viejo la empujó y la metió dentro. Luego ató con una cuerda la boca del zurrón, y se la cargó al hombro.

La niña gemía y suplicaba que la sacara de allí, y el viejo le decía:

–Si quieres que te saque, tienes que cantar cuando yo te diga:

Canta, zurrón, canta,  
o, si no, te doy con la palanca.

Así se la llevó por los pueblos a ganarse la vida. A todas partes que llegaba, en vez de pedir limosna, ponía el

saco en medio de la calle y le decía: «Canta, zurrón, canta, o, si no, te doy con la palanca». Entonces la niña se ponía a cantar:

En un zurrón voy metida,  
en un zurrón moriré,  
por un anillo de oro,  
que en la fuente me dejé.

La gente le daba al viejo mucho dinero, pues se creían que aquello era un zurrón encantado. El viejo lo recogía y otra vez se echaba el saco al hombro y se iba para otro pueblo. Allí hacía lo mismo y así por todas partes, hasta que juntó mucho dinero. «Ahora voy a darme la gran vida», se dijo, y se fue a una pensión y pidió de cenar. Cuando se hartó de todo lo que quiso, para pagar la cena, puso el zurrón en medio del comedor y le dijo:

Canta, zurrón, canta,  
o, si no, te doy con la palanca.

Y la niña cantó otra vez:

En un zurrón voy metida,  
en un zurrón moriré,  
por un anillo de oro,  
que en la fuente me dejé.

Pero como cantaba entre sollozos, a la dueña de la pensión le dio que pensar aquello. El viejo preguntó que dónde quedaba la taberna, y dijo que si podía dejar allí

el zurrón mientras se daba una vueltecita. En cuanto se marchó, la posadera abrió el zurrón y sacó de allí a aquella niña tan guapa, que estaba la pobrecita muerta de hambre y de frío. La cuidaron inmediatamente y la escondieron. En su lugar, metieron en el saco todos los bichos que encontraron por allí: sapos, ratas, culebras, víboras, lagartos, de todo lo más malo que había.

Por la mañana el viejo quiso pagar la cama haciendo cantar al saco otra vez. Lo puso en mitad del patio, pero por mucho que le dijo: «Canta, zurrón, canta, que, si no, te doy con la palanca», aquello no decía ni pío. Así que tuvo que pagar con dinero, pero se la guardó. Por no abrir el saco delante de la gente, se lo llevó a un monte. Allí empezó a darle palos, venga palos, y a decir palabrotas. Pero, claro, lo único que conseguía era enfurecer a todos los bichos que había dentro. De manera que, cuando lo abrió, le saltaron a la cara y se pusieron a morderle y a picarle por todas partes, hasta que lo mataron. Y a la niña la llevaron con sus padres y fue muy feliz, y este cuento se ha *acabao*, con pan y pimienta y rábanos *asaos*.

### 63. La casita de turrón

Pues, señor, esto quería ser una familia muy pobre que vivía en una casita en medio del campo. La familia tenía dos hijos: uno se llamaba Periquín y otra Periquina.

Un día fueron Periquín y Periquina por yerba para los conejos. Como el pueblo más cerca estaba por lo menos a veinte leguas, se echaron una siestecita. Pero de pronto empezó una tormenta muy grande, muy grande, muy

grande, y los niños tuvieron que buscar un sitio para poder esperar a que escampase. Cuando dejó de llover ya era muy de noche y los niños se perdieron sin saber por dónde tirar. Empezaron a oírse los lobos: ¡Uuuh, uuuh, uuuh...! Periquina se puso a llorar y Periquín le decía:

–No llores, hermanita mía, que verás qué pronto vamos a encontrar nuestra casa.

Y siguieron andando, y andando, y andando, cuando vieron una casita.

–Pues menos mal que la hemos encontrado, porque a mí ya me iban a salir juanetes. Será por el hambre o qué, pero yo veo que esa casita es de turrón y tiene las ventanas de caramelo.

Como tenían más hambre que el perro'un ciego, Periquín le tiró una piedra a la pared y, ¡pum!, saltó un trozo de turrón. Los niños se lo comieron en seguida. Otra pedrada y, ¡pum!, otro trozo de turrón. Así un rato. Hasta que se les antojó probar el caramelo. Le tiraron una piedra a una ventana y rompieron un cristal. Entonces se abrió la puerta y salió una vieja muy mal *encará*, que dice:

–¿Quién es? ¿Quién es? ¿Quién se come el *azuquita* y las almendritas de mi pared?

Y cuando vio a los niños, que estaban muertecitos de miedo, les dice:

–¡Huy, qué niños tan guapos! Pasad, hijos míos, que yo os daré de comer.

Nada más entrar, la vieja le echó el tranco a la puerta y cogió a Periquín y lo metió en una jaula, diciéndole:

–¡Cuando estés más gordito te comeré con papas fritas!

Y a Periquina le dijo:

–Tú te vas a encargar de los trabajos de la casa. Conque ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Venga a por leña!

Y así estuvieron los niños pobrecitos viviendo mucho tiempo con aquella vieja, y mientras, los padres muertecitos de pena. Todos los días iba la vieja a tocarle a Periquín las muñequitas. Pero como era medio cegata y Periquín muy sabihondo, él le daba un hueso de pollo y la vieja decía:

–¡Bah, todavía estás muy canijo! Hay que esperar unos díitas.

Y pasó un día y otro día y la niña harta de trabajar: iba por leña, limpiaba la casa y guisoteaba y todo eso. Un día dice la vieja:

–¡Ea, de hoy no pasa! Hoy mismito me como a ese niño –y le dice a Periquina–: anda, prepara el horno, que me voy a comer a tu hermanito.

Periquina se puso a meter leña, mucha leña, y le dice a la vieja:

–Mire usted, yo este horno no lo entiendo.

–¡Ay, qué niña más torpe! Ya voy, ya voy.

Fue la vieja y, como veía muy poco, se acercó a la boca del horno a ver qué pasaba, y en ese momento la niña le metió un empujón y allí la dejó achicharrarse. Entonces fue y abrió la jaula donde estaba su hermano. Juntos se pusieron a mirar por toda la casa y en un cuarto encontraron un arca llenita de dinero. Cogieron todo lo que pudieron llevarse y se fueron de la casa. Por el camino se encontraron a un aceitunero, que los guió hasta donde ellos vivían. Cuando llegaron a su casa, los padres se pusieron muy contentos y se hicieron muy ricos. Y todos vivieron felices con pan y perdices, y a mí no me dieron porque no quisieron.

## N. Pícaros

### 64. Pedro el de Malas

Pues, señor, había una vez un pobre jornalero que tenía dos hijos. El mayor se llamaba Juan, y era algo tonto; el menor se llamaba Pedro y, al revés que su hermano, siempre andaba haciendo de las suyas, preparando alguna trampa o engañando a la gente. Por eso le llamaban Pedro el de Malas.

Como no tenían nada que comer y ya estaban en edad de trabajar, decidió poner al mayor con un labrador rico que vivía en aquellos contornos. Fue Juan a casa del labrador rico y éste se quiso aprovechar de él, diciéndole que podía entrar a servir con él, pero con estas dos condiciones: primera, que no podían enfadarse ninguno de los dos, y al que se enfadara el otro le sacaría una tira de pellejo desde el cogote a los talones. Y segunda, que la paga no sería hasta que cantara la cuquilla.